



**CENTRO ASTURIANO DE MADRID**

**Separata de la *Revista Asturias***

Nº 156. Madrid, 6 de octubre de 2015

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©

ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)

D.L. M-5971-1986 (Separata)



**Pregón**

**Día de Asturias en Madrid**

**por Don GUILLERMO MARTÍNEZ SUÁREZ**

*Consejero de Presidencia del Principado de Asturias*

Quinta Asturias - 20 de septiembre de 2015

## Pregón

*por Don Guillermo Martínez Suárez*  
*Consejero de Presidencia del Principado de Asturias*  
*Quinta Asturias. 20 de septiembre de 2015*

---

Buenos días.

Presidente del Centro Asturiano de Madrid.

Miembros de la junta directiva.

Presidente de la FICA

Amigas y amigos.

Un pregón es una exaltación festiva, un llamamiento al encuentro y a la celebración. Voy a intentar hacer realidad ese dicho que afirma que una intervención pública es siempre mejor cuando es más breve de lo esperado.

En segundo lugar voy a hacerlo en el mismo sentido que Attali define los objetivos de la acción colectiva, de la política, y que coinciden con los mismos que impulsaron el movimiento de los centros asturianos y las casas de Asturias: organizar la solidaridad y preservar nuestra cultura.

En una ocasión me pidieron en Nantes, en una asamblea de regiones europeas, una breve descripción de nuestra comunidad. Asturias, les dije, tiene un millón de habitantes; algo más de 10.000 kilómetros cuadrados; 401 kilómetros de costa, la mayor parte de ella protegida; dos puertos de interés general y 24 autonómicos, y 206 playas. Asturias vive en medio de la mar y la montaña, quizá la condición más importante para nuestro espectacular paisaje.

Les hablé también de nuestra tradición industrial y energética, de nuestro rico folclore, de nuestros problemas y nuestras ambiciones, de nuestro carácter emprendedor y nuestras potencialidades como área metropolitana. Y también, cómo no, de nuestra apuesta por el turismo y las cosas bien hechas, con rigor y con esmero.



*Don Valentín Martínez-Otero en un momento de la presentación de  
D. Guillermo Martínez*

Pero sobre todo les hablé de nuestra identidad inclusiva, de nuestro territorio tan bien definido, desde el río Eo hasta el Deva, y desde el mar Cantábrico -el *Mare Nostrum* al que alude mi buen amigo Nacho Quintana- hasta las cumbres de los Picos de Europa y la cordillera Cantábrica. De nuestro Prerrománico --un arte único en el mundo--, y también de nuestra vocación universal y nuestra emigración, a la que vosotros representáis y ello fue lo que despertó la envidia de una región francesa constituida desde hace

menos de 50 años, frente a nuestra paciente y sedimentada configuración territorial.

Asturias tiene una prolongación física y emocional allí donde hay un asturiano o una asturiana. O como aquí, donde habéis hecho una extraordinaria obra colectiva, fruto de nuestra singular organización en el exterior: los centros asturianos y las casas de Asturias repartidas por todo el mundo. Por eso no hay Asturias interior y exterior, hay una única Asturias que vosotros prolongáis más allá de la cordillera Cantábrica y otros más allá del Atlántico y de los Andes hasta la misma Australia.

Permitidme que os agradezca la oportunidad que me brindáis con vuestra invitación de compartir una fiesta que tanto significa para los asturianos, sin importar dónde se encuentren, el lugar en el que residan.

El Día de Asturias, como decía nuestro presidente, Javier Fernández, hace sólo unos días, nos convoca a todos. A quienes están en Asturias y a quienes desde cualquier parte del mundo se unen a su celebración, a la fiesta de su tierra, de la patria abierta a todos que no necesita negar ni rechazar a nadie para afirmar su identidad.

He querido traeros las palabras del presidente del Principado como también os traigo sus saludos y los de todos los asturianos que saben, como vosotros, de la añoranza que provoca la ausencia de una tierra acogedora y solidaria, que nunca olvida a los suyos.

Para mí, es una satisfacción poder estar hoy con todos vosotros, en este Centro Asturiano de Madrid, decano de todas las casas regionales del mundo, que constituye la mejor representación de Asturias más allá de sus fronteras. Desde esta quinta mantenéis

intactas vuestras raíces, que defendéis con orgullo, sabiendo preservar el pasado sin renunciar al futuro. Desde aquí difundís y conserváis nuestra cultura no sólo para todos aquellos que han tenido que abandonar Asturias, sino para quienes, teniendo otros orígenes, quieren acercarse a nosotros y a nuestras tradiciones. A todos ellos los recibís con hospitalidad y con ese entusiasmo que ha sido el motor que os ha llevado a crecer y convertirlos en lo que hoy sois desde que en 1881 naciera este centro de la voluntad de nombres tan importantes para nuestra historia como los de José Posada Herrera, Manuel Pedregal, Ramón de Campoamor o el marqués de Pidal.

Conocí este centro centenario a través de un gigante: Cosme Sordo. Tuve la oportunidad de compartir sus inquietudes, sus desvelos y su enorme ambición para una institución tan grande como ésta. También tuve ocasión de debatir e incluso discutir con él, y debo confesar que no sólo era un extraordinario embajador de nuestra tierra y del centro que presidía, era además un porruano auténtico, que llevaba sus ideas hasta el final.

También pude entablar amistad con otro de nuestros grandes: José Luis Casas, presidente de todas las casas y centros asturianos del mundo, presidente de la FICA. Hoy he podido departir con vuestro presidente, Valentín Martínez-Otero, que continúa esa misión de ayuda mutua y difusión de nuestra cultura y raíces. Vaya por delante mi reconocimiento por su extraordinaria labor. Valentín ejerce esa hábil diplomacia del acuerdo y el entendimiento; también practica el *'insistencialismo'* por este centro y sus socios. Muchas gracias, presidente.

Cada Día de Asturias los asturianos y asturianas vuelven la vista hacia su tierra. La fabada de Buenos Aires, las celebraciones en Rosario, el recuerdo de los bailes de Manolo del Campo, las flores

en la Chacarita, el sonido de la gaita en Berna, Bruselas o Lausana, el encuentro en México DF o en Alicante, Sevilla, Vitoria, Castellón, Barcelona, Bilbao y tantos lugares. En ese día, ocupa un lugar especial Covadonga. No me refiero solo a su carácter religioso, hablo del símbolo, del lugar.



*Actuación de la Agrupación Folclórica "L' Alborá"*

Covadonga y su entorno son la antítesis del *'no lugar'*, de esos espacios despersonalizados, sin carácter, repetidos, contruidos a propósito para anular la dimensión temporal y acabar perdiendo la noción del espacio. Covadonga nos adentra en lo menos conocido y, a la vez, logra destacar los valores de lo que nos parece habitual.

Casi como cuando desde nuestro *Mare Nostrum* se contemplan las agujas del macizo occidental de los Picos de Europa.

Ahora que todo es histórico, mítico y excepcional, conviene recordar la pasión con la que la vida era transitada en otras épocas y que tan bien reflejó el historiador holandés Johan Huizinga.

Covadonga y su entorno se han convertido en patrimonio de todos. Guardan un significado histórico, paisajístico, espiritual, de encuentro. Y en cada acto y celebración del Día de Asturias por el mundo está, como aquí, presente.

Lo saben bien nuestros emigrantes. Nuestra emigración está compuesta por hombres y mujeres que a veces desde la nada han fundado instituciones y empresas, han liderado proyectos colectivos y lo han dado todo por los demás. ¿Cuánto tiempo, recursos y esfuerzo han dedicado los directivos y voluntarios de las casas y centros de Asturias repartidos por todo el mundo a esta labor? ¿Cuántas historias personales de éxito y fracaso, de separación y búsqueda de nuevos horizontes se han desarrollado en nuestra trayectoria emigratoria? He citado algunos nombres y citaré varios más, pero también hay emigrantes anónimos que tienen tanto o mayor mérito que aquellos a quienes rendimos tributo. Todos tuvieron un sueño y el coraje de salir al mundo para hacerlo realidad.

Permitidme, por un momento, volver la vista atrás, al siglo en el que se fundó este centro donde hoy nos encontramos. Asturias era en el siglo XIX una región periférica y mal comunicada. “*Aislada de Europa por un mar tormentoso, aislada de España por una media luna de montañas, aislada en su propio seno por la ausencia de esos centros de civilización que llamamos ciudades, la provincia de Asturias es completamente salvaje*”. Así la describía

Alexander Holinski hacia 1842. Romper ese aislamiento y dotarnos de las infraestructuras que hoy nos conectan con el siglo XXI siempre fue gravoso y esforzado. Lo sigue siendo hoy y lo fue entonces. Tanto que el hispanista francés Alfred Germond de Lavigne asegura que la construcción del camino a través del puerto de Pajares resultó tan cara que el rey Carlos IV preguntó si acaso “*se estaba pavimentando de plata*”.

Si éste era el panorama del siglo XIX, podemos imaginar la situación cien años antes, en el siglo XVIII. Pues bien, en ese momento determinante de la historia, en el siglo de las luces y la Ilustración, el aislamiento de Asturias no impidió que sus hombres, intelectuales y librepensadores, aportaran brillo a la España de aquel tiempo y contribuyeran con notable éxito a transformar la sociedad civil de la época. Figuras como Jovellanos, Campomanes o el Padre Feijoo son buenos ejemplos de ello. A los asturianos no nos asustan los retos ni nos arredramos ante los desafíos y ellos dejaron constancia en la historia del espíritu de cambio y modernidad que late en los asturianos, de una generosidad que solo compite con nuestro carácter hospitalario.

Antonio Buero Vallejo refleja muy bien en su obra *Un soñador para un pueblo* el camino imparable hacia la libertad que la sociedad emprendió entonces y la responsabilidad que todos tenemos con la justicia y la equidad. En esta obra, el hambre de las capas populares desemboca en una revuelta social en la que el ilustrado marqués de Esquilache sacrifica su cargo y su honor a cambio de la seguridad de los amotinados. En ese momento histórico, decisivo, en el que aflora el enfrentamiento de fuerzas sociales e ideológicas y que marcó nuestro siglo XVII destacaron los nombres de grandes asturianos. Cómo no mencionar a Campomanes, que fuera ministro de Hacienda de Carlos III, precisamente, pocos años antes del *motín de Esquilache*.

Fueron asturianos y asturianas que no sólo buscaron una vida mejor, no sólo huyeron de la adversidad al encuentro de nuevas oportunidades: querían lo mejor para sí mismos, para sus familias y para su tierra, soñaron con una Asturias y una España mejor.

El tinetense Pedro Rodríguez, conde de Campomanes, fue un personaje clave entre los asturianos ilustrados en Madrid. Su fama fue tal que se escribieron poemas en su honor, como el anónimo *Señor conde Campumanes*, donde encontramos versos como estos:

*Señor conde Campumanes  
cuyu nombre tantu estruendu  
fai en todes les ñaciones  
de unu y utru hemisferio.  
Yo, ya se ve  
so Asturianu,  
y Asturianu fasta l güesu  
que me fuelgo, cuando oyo  
cualquier ñovedá o suceso  
que cuenten d'un paisanu  
que llogró dalgún aumentu;  
más ñueves de Madrí a Asturias  
vienen mui a pasu llentu.*

Como él, nuestros ilustrados fueron adalides de la libertad individual y de la búsqueda de una sociedad mejor, porque disponían de los conocimientos adecuados para ejercer esa libertad y defenderla.

En ese proceso imparable de la historia, que en su propia esencia implica el cambio, la evolución y la transformación, Asturias ha contribuido siempre exportando talento, ideas y energía. Gran parte

de ese talento se concentró en este centro donde hoy nos encontramos, cuyo origen se remonta al 2 de octubre de 1881. Por vuestra presidencia han pasado los mejores nombres de nuestra historia, como José Posada Herrera, que fuera presidente del Consejo de Ministros en 1883, el poeta Ramón de Campoamor, que da nombre al teatro ovetense por una feliz propuesta de Leopoldo Alas *Clarín*; o Melquíades Álvarez, presidente del Congreso de los Diputados en 1922.

Todos ellos trabajaron desinteresadamente por el centro y han contribuido a convertirlo en lo que hoy es. Conocéis mejor que nadie su legado, pero dejadme recordar aquí, por ejemplo, la creación de la institución gratuita de enseñanza del centro, por la que pasaron miles de hijos de asturianos y socios, contribuyendo a mejorar las condiciones de vida de nuestros emigrados, algunos de los cuales no habría tenido acceso a otra educación.

No fue menos importante el hecho de que Melquíades Álvarez lograra que el juego fuera permitido en el centro, lo que supuso una importante contribución económica para su mantenimiento.

Menciono sólo a algunos, no quiero extenderme, olvido muchos más recientes, quizás siguiendo la misma opinión que se atribuye a Zhou Enlai que considera que la propia Revolución Francesa está demasiado cerca en el tiempo para poder emitir un juicio definitivo sobre ella.



*Procesión de la Santina por las instalaciones de la Quinta*

Todos ellos trajeron a Madrid el amor por su tierra, ése que no muere nunca, que se llevaban en la maleta, con el traje de los domingos y poco más, los asturianos que viajaron a ultramar y echaron nuevas raíces en América. Cuando embarcaban, ignorando a dónde les llevaría la vida, ya sentían deseos de volver. Lo dejó dicho, mucho mejor que yo, un asturiano ilustre, Valentín de Andrés: *“Quien sale de Asturias para la gran aventura de América, lo que verdaderamente le ilusiona al partir es la esperanza de volver”*.

No necesitamos los asturianos aspavientos ni soflamas para reconocernos hijos de nuestra tierra. Nuestro hecho diferencial lo

llevamos, desde que nacemos, inscrito en el corazón. Ese sentimiento de pertenencia es más que una serie de emociones ligadas al lugar del que uno se siente deudor. La mirada de un abuelo hacia el horizonte, apoyado en su bastón, como si proyectara toda su sabiduría en un gesto de generosidad hacia los suyos; la sonrisa de una abuela hacia aquello que le recuerda su propio espacio sentido, o la fugacidad de a quien el destino no permitió envejecer, recuerda que todo sigue presente en la memoria de sus descendientes.

Y así, generación tras generación, acumulando emociones, sensaciones, vitalidad, aliento y sentimiento a un espacio. Un espacio que por eso es sagrado y que evoca lo mejor de cada uno, provocando la fuerza para reclamar la memoria de quienes le han dado forma.

“Cuando bebas agua, recuerda la fuente” dice un viejo proverbio. Quiero concluir este pregón tal y como empecé, recordando la fuente: nuestra tierra, Asturias... La misma que, como escribió Pedro Garfias no se arredra y siempre se juega la vida cuando no hay más opciones que arriesgarlo todo.

Garfias consigue condensar en sólo 42 versos la esencia de nuestra tierra.

*Asturias verde de montes  
y negra de minerales.*

Él, que también conoció el dolor del desarraigo, aun desde la soledad del exilio, resumió en las palabras: Asturias y España todo su sentimiento. Y gracias a Víctor Manuel que musicó ese magnífico poema, hoy podemos cantar:

*Prepara tu salto último  
lívica muerte cobarde  
prepara tu último salto  
que Asturias está aguardándote  
sola en mitad de la Tierra,  
hija de mi misma madre.*

Porque no hay emigración sin nostalgia. Viajamos en el espacio y también en el tiempo, como tan bien relata David Lowenthal en su magnífica obra *El pasado es un país extraño*. Lo hacemos pensando en versos como los del poeta llanisco Celso Amieva, emigrante que nunca olvidó su tierra, y con los que quiero cerrar este pregón.

*“Si el cielo te mira con sus ojos grises  
y el prado te enfoca con su espejo verde,  
alma, es obligado que ello te recuerde  
un país querido entre mil países”*

Muchas gracias.